

CORB. Vamos, pues. Pero prudencia tan solamente os encargo. Ved que el camino es muy largo hasta llegar á Valencia. Y que una vez con María puesto de acuerdo, podrás..

D. FER. Descuida, y no digas más; en mi cordura confía. (*Vanse.*)

Salen y pasan por el camino del fondo del teatro ABDALLA, ZEIR y los MORISCOS, todos encadenados y sonando los hierros, y delante y detrás y á los lados en buen orden SOLDADOS ESPAÑOLES, con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas; y cuando ya todos hayan pasado, sale el capitán GARCÍA, que trae asida del brazo á MARÍA, y la empuja con fuerza hácia el proscenio.

MARÍA. ¿Qué es esto ¡oh cielos! señor? ¿Qué arrebato?... ¿qué demencia?

GARCÍA. (*Con voz ahogada.*)
Calla, y sufre la violencia de mi despreciado amor.

MARÍA. (*Aterrorizada.*)
¿Un cristiano, un caballero, de una infelice abusar?

GARCÍA. (*Desenvainando la espada.*)
Mi pasión has de premiar, ó has de morir á este acero.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas.*)
Socórreme, Virgen santa, dame tu amparo y favor.

GARCÍA. (*Arrastrándola del brazo.*)
Nadie escucha tu clamor. Ven conmigo, ven, levanta.

MARÍA. ¡Cielo!

GARCÍA. No te libraré, ni el infierno mismo, no.

Sale precipitado D. FERNANDO, con la espada desnuda.

D. FER. Pero la liberto yo, forzador vil..

GARCÍA. (*Suelta á María sorprendido.*)
¿Quién va allá?

D. FER. Defiéndete, desdichado, si te llamas caballero, que se afrentara mi acero de matar á un descuidado. Ponte tras de mí, María, que bajo mi amparo estás, y cual te guardan verás mi amor y la espada mía.

MARÍA. (*Corriendo á él.*) ¡Oh santos cielos! Es él. Sí, reconozco su acento.

GARCÍA. (*Turbado.*) ¿Eres del bosque portento, ó emisario de Luzbel?

(*Se acerca.*)

(*Furioso.*) ¡Mi rival!... Ven á morir, que es rayo ardiente mi espada, á que no resiste nada.

D. FER. Calla, si sabes reñir. (*Riñen y D. Fernando le da una estocada.*)

GARCÍA. (*Titubeando.*)
Muerto soy. (*Grita.*) Hola, soldados... que se fugan...

(*Entrase.*)

¡Ay de mí!

D. FER. Huyamos pronto de aquí en el cielo confiados. Corbacho, por vida mía, pronto el caballo!

CORB. (*Apareciendo al bastidor.*)
Aquí está.

D. FER. (*Al irse con María.*)
A las ancas...

CORB. Bueno va.

D. FER. (*Dentro.*) Afírmate bien, María. (*Rumor de un caballo que arranca. Suenan un tiro, y ruido.*)

VOCES. (*Dentro.*) ¿Dónde el capitán nos llama?

Sale el SARGENTO con cuatro SOLDADOS.

SARGEN. (*Apresurado.*) Hácia aquí, venid, volemós, y este monte registremos peña á peña, y rama á rama.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una calle de la ciudad de Valencia.—Decoración corta, y sale FELISA, muy afligida, de saya y manto, con un rosario en la mano.

FELISA. ¡Ay mi Dios! recorro en vano estas calles de Valencia, para buscar un consuelo y de la infelice nuevas. Hoy el pueblo alborotado con la terrible sentencia, que contra Zeir y Abdalla y otros moriscos de cuenta, ha pronunciado el consejo, de María no se acuerda: ni se habla de su aventura, ni de hácia dónde estar pueda. Al fin los pasados días su fuga tan sólo era la conversacion de todos, en calles, casas y tiendas. Y el oír en los corrillos nombrarla y hacer diversas conjeturas, de consuelo pudo servir á mis penas. Mas hoy ya nadie la nombra, nadie en su infortunio piensa.

(*Llora.*)

Virgen soberana, madre de la oprimida inocencia, sedle escudo, sedle amparo, y dadme luz con que pueda descubrir... (*Sorprendida.*) Pero, ¿qué jurara, cielos, que él era... (veo?) Sí... ¡Corbacho!...

Sale CORBACHO, embozado.

CORBACHO. (*Sorprendido.*) ¡Ama Felisa! ¿Cómo, tú por esta tierra?... ¿Y María?... ¿Y don Fernando? ¿No me dices?...

CORBACHO. ¿Por ventura que sé de ellos algo piensas, cuando anhelaba encontrarte para que tú me dijeras?...

TOMO II

FELISA. (*Desconsolada.*)
¿Qué he de decirte, Corbacho?... ¿Cómo darte, amigo, nuevas que busco anhelante?...

CORBACHO. Dime, ¿tú desde cuándo en Valencia? Desde que entraron los presos hace tres días.

CORBACHO. Yo apenas ha dos horas que he llegado. FELISA. ¿Pero tú, después de aquella terrible noche, seguiste?...

CORBACHO. ¿Y quién seguirlos pudiera? Muerto el capitán, mi amo, más veloz que una saeta, con la morisca en las ancas, en las lóbregas tinieblas desapareció. Y yo ¿cómo á pié seguirlos pudiera, no estando ántes prevenido de adonde se dirigieran? Cuando se alzó aquel desorden, con las voces y las quejas del herido, agazapéme oculto entre la maleza, para no ser descubierto, y pagar culpas ajenas. Y al aparecer el alba, tomé una trillada senda que se me ofreció, y vagando, no sin peligro y miseria, por todos los escondites de aquellas fragosas sierras, he estado; hasta que, aburrido, vengo sin norte á Valencia, por ver si de mi amo logro, que le quiero mucho, nuevas. Pero tú, Felisa, ¿cómo abandonaste á tu prenda en aquel conflicto?... ¿Cómo sin tu amparo acometerla pudo el capitán?

FELISA. Corbacho, cómplice el sargento era

del crimen sin duda alguna, pues con infernal cautela, en cuanto cerró la noche, despues de que con reserva le habló el capitán, mi mula aseguró por la rienda, sin apartarse ni un punto. Y al atravesar la cuerda el bosque, de mi María me separó con destreza, tomando por un atajo al través de las laderas: y cuando escuché sus voces, sus lamentos y sus quejas, ya me hallé entre los soldados, y á grande distancia de ella. En medio de aquel desórden, intentaron sus cadenas romper los míseros presos, y armóse grave pendencia entre soldados y moros, sin que yo infeliz pudiera, aunque bien quise, fugarme; y en llanto amargo deshecha, me resigné con mi suerte, y llegué aquí con la cuerda. Al punto, como española, me dejaron en completa libertad (*Llora*), y ando perdida sólo ansiando tener nuevas de aquella infeliz.

CORBACHO. No llores.
Que está en salvo es cosa cierta.

FELISA. Hágallo el cielo.

CORBACHO. Felisa,
¿y es verdad esa sentencia?

FELISA. Lo es, y terrible... terrible...

CORBACHO. No hay nada que no merezcan.

FELISA. (*Compasiva.*) Es así... pero...

CORBACHO. Tu amo

tuvo más feliz estrella, que al cabo como valiente pereció, pues si hoy viviera... ¡Qué lástima! Era indomable y muy ciego por su secta; pero muy caritativo, de muy gallarda presencia, de pensamientos muy altos y de muy clara nobleza. Diez y ocho años he comido su pan... y una ingrata fuera si no llorara su muerte, si no elogiara sus prendas. ¡Cuántas desgracias!...

(*Llora.*)

CORBACHO. ¡Felisa!

FELISA. Vóime, Corbacho, á la iglesia, á que la Virgen piadosa por nosotros interceda.

CORBACHO. Pues yo no sé dónde vaya, ni tampoco dónde pueda hallar abrigo.

FELISA. Si quieres... en casa de una parienta, que pobremente me aloja...

CORBACHO. Basto yo para pobreza. ¿Y dónde es?

FELISA. Allá en la plaza. Alejándome voy de ella, para no ver el suplicio de esos dos, que al cabo eran conocidos.

CORBACHO. Pues á verlos ahorcar voy, malditos sean. Yo te buscaré.

FELISA. Si logras alguna noticia cierta...

CORBACHO. La sabrás en el momento.

FELISA. Pues á Dios.

CORBACHO. Con él te queda. (*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA II

El teatro representa el gran salon del consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III: en una gran mesa con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario.— Sale por un lado EL CONDE DE SALAZAR, ricamente vestido, y con el collar de toison de oro. Y por otro EL COMENDADOR MAYOR de la órden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa, y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro.

CONDE. ¡Oh señor comendador!

COMEN. (*Con respeto.*) ¡Oh excelentísimo conde!

Bien la fortuna responde á vuestro sabio valor.

Esta desastrosa guerra ya de un modo ó de otro modo termina, y queda del todo en seguridad la tierra.

Y á vuestro noble teson y prudencia debe el rey de esta rebelada grey ver cumplida la expulsion.

CONDE. A la prudencia y lealtad del consejo solamente servicio tan eminente hoy debe su majestad.

COMEN. Pero el alma del consejo ha sido vuestra excelencia, que tiene la presidencia.

CONDE. Sólo por ser el más viejo.

COMEN. Ya viene el señor marqués de Caracena.

CONDE. Ya estamos

todos, pues solos formamos hoy el consejo los tres: puesto que los otros dos con encargos diferentes están de Valencia ausentes, al rey sirviendo, y á Dios.

COMEN. ¿Dónde nuestro patriarca?

CONDE. Con caridad exquisita á la canalla maldita allá en Alicante embarca, por la raza delincuente mostrando una suavidad que no me gusta en verdad con tan depravada gente.

COMEN. ¿Y dónde Agustín Mexía?

CONDE. Queda aun guardando la sierra; aunque terminar la guerra consiguió su valentía.

COMEN. Grande en el consejo es su ausencia.

CONDE. Mas sin embargo cumpliremos nuestro encargo, que poco falta, los tres.

Sale EL MARQUÉS DE CARACENA, virey, ricamente vestido á la usanza militar, y con baston, botas y espuelas.

MARQ. ¡Oh gran comendador, oh insigne conde! perdonad mi tardanza: recorriendo de la ciudad las calles, receloso de que hoy pudiera conmovirse el pueblo, no me ha sido posible más temprano al consejo acudir.

CONDE. A muy buen tiempo llegáis, señor marqués.

MARQ. Era preciso estar alerta entre el concurso inmenso, que se ha agolpado á presenciar la muerte de esos desventurados.

CONDE. ¿Tuvo efecto sin novedad?

MARQ. Sin novedad alguna, y quiera Dios que sirva de escarmiento.

CONDE. Pues estamos los tres, que solamente hoy, señores, formamos el consejo, podemos proseguir nuestras tareas, que ya, gracias á Dios, van concluyendo. (*Hace una seña, sale el secretario, y se sientan todos en sus respectivos puestos al rededor de la mesa.*)

CONDE. (*Con gravedad.*)

El embarco prosigue en estas costas con toda actividad. Los tristes restos que aun en los montes de rebeldes quedan, no dan cuidado ya: rotos, dispersos, sin encontrar abrigo en parte alguna,

desaparecerán rendidos luégo.

Sólo la fuga audaz de esa morisca, de la hija de Albenzar, de aquel protervo que osó llamarse rey, siendo cabeza en las sérias revueltas de este reino, nos pudo ocasionar algun cuidado.

Mas ya noticia positiva tengo de que fué con su cómplice arrestada de la vecina Mancha en los linderos. Debiéndose prision tan importante á la astucia y presteza del sargento de aquella tropa misma, que no pudo la fuga remediar. Y hoy mismo espero que lleguen á Valencia, asegurados con buena escolta y con seguros hierros.

COMEN. Bendito sea el Señor. La tal morisca me daba, y con razon, graves recelos.

MARQ. ¿Tanta importancia esa morisca tiene?

CONDE. Mucha: que de belleza es un portento, y aun más de discrecion y de osadía. La sangre y los altivos pensamientos del padre representa, y con su nombre podido hubiera reanimar el fuego de la atroz rebelion, aun no extinguido.

Y de que tales eran sus deseos es prueba el modo de emprender la fuga, y lo es su direccion hácia Toledo, en donde los moriscos se preparan á dar nuevos escándalos al reino.

Mas pues la pone Dios en nuestras manos, con un castigo rápido y tremendo imponga á los rebeldes musulmanes saludable terror, santo escarmiento: y al rodar su cabeza en el cadalso húndanse de su raza los proyectos.

COMEN. Es su pronto castigo indispensable, y el castigo á la par de ese protervo, que osó salvarla con armada mano, cómplice de sus locos pensamientos.

CONDE. Que la sentencia pronunciada sea, importa brevedad, pido al consejo. Y le propongo que la infiel morisca, y el pérfido traidor, que osó encubierto con las tinieblas de la noche oscura la cuerda acometer con tal denuedo, á su jefe matar y libertarla,

sean sin tardanza en el cadalso puestos, en donde la cuchilla del verdugo corte sangrienta sus altivos cuellos; y que en sendas escarpías las cabezas queden y sirvan de terror y ejemplo á la raza infernal, miéntras las llamas tornen ceniza sus infames cuerpos.

Propongo este castigo, y nos lo exigen de nuestro rey la causa y la del cielo.

COMEN. Pero quién es el cómplice alentado

de esa altiva mujer, ¿se ha descubierto? Que algun morisco personaje sea el insensato audaz, señores, creo; tal impiedad, traicion tan arrogante, de un cristiano español pensar no puedo.

CONDE. Sea morisco ó cristiano, la sentencia debe al punto tener cumplido efecto. Con media hora le basta, si es cristiano, para impetrar la compasion del cielo. Y si ántes de ponerse el sol llegasen, ántes de que se ponga considero indispensable que presencie el mundo el urgente suplicio de ambos reos.

MARQ. ¿Tal precipitacion?...
CONDE. Es necesaria.

MARQ. De la pública voz suena en los ecos, que es fiel y que es cristiana esa morisca; que lo es de corazon.

CONDE. Siempre estos perros saben fingirse tales, esperando hallar así piedad en nuestros pechos.

MARQ. Si lo es de veras...
CONDE. (Con autoridad.) Morirá sin duda, dándole sólo el necesario tiempo para pedir á Dios misericordia.

MARQ. Al cabo una mujer...
CONDE. (Con calor.) Ni edad ni sexo de esta raza infeliz encontrar debe compasion ni piedad, en tal momento. Y no es mujer, señores, es la hija del que á llamarse se atrevió, soberbio, rey de Valencia; del que fué aclamado como tal rey por el morisco pueblo; del que la guerra atroz ha embravecido, dejando un nombre, aunque en verdad fué esa infelice, que turbar pudiera (nesto, el reposo y quietud de todo el reino. Su muerte es necesaria para darnos seguridad; y lo es para escarmiento la del osado que salvarla pudo, un atroz homicidio cometiendo. Que vacile me pasma en este punto el valor y entereza del consejo. Torno la misma pena á proponerle que ha un momento indiqué. Y á tal extremo llega mi conviccion de que la exigen (mo la justicia del trono y la del cielo, que si fuera hijo mio el alevoso, y ella más pura que el mayor lucero, y más cristiana que mi madre misma, al patíbulo juntos, al momento de llegar á Valencia los sacara, sin dar indicios de dolor mi pecho.

COMEN. Tal consideracion pesa en mi mente, y la sentencia que indicais apruebo. El nombre de Albenzar es necesario

extinguir de una vez. Y en cuanto al reo, la ley está, señores, terminante: dos crímenes en él graves advierto; haberle dado á un capitan la muerte, que estaba con lealtad al rey sirviendo; y haber prestado auxilio á los moriscos, accion vedada por el bando regio. Justa es la pena que á los dos se impone, y es conveniente ejecutarla presto.

CONDE. ¿Y vos, señor marqués?...
MARQ. (Dudoso.) Yo... señor conde... Más detencion quisiera, lo confieso: que es criminal el robador es claro, de un atroz homicidio lo es al ménos; pero á una jóven por su nombre sólo, pues que sea criminal aun no sabemos, á una jóven, que dicen ser cristiana, á una mujer en fin... No: me estremezco, no puedo condenar...
CONDE. (Con firmeza.) Cuando lo exigen de la iglesia la paz, y la del reino, y el delito de fuga está probado, escrúpulos tan nimios no comprendo.

MARQ. Mi voto no entorpece la sentencia; dada está, pues que tiene ya los vuestros, no ha menester, para cumplirse, el mio.

CONDE. Así es, señor marqués. Mas considero que la unanimidad fuera importante para resolucion de tanto peso.

MARQ. Cada cual deje su conciencia á salvo.
CONDE. (Resuelto) Yo ratifico mi opinion de nuevo.
COMEN. Yo con ella de nuevo me conformo.

MARQ. (Levantándose de la mesa.) Vuestra es la votacion.

CONDE. Estadme atento, y extended la sentencia, secretario. (El conde dicta en voz baja y el secretario escribe.)

MARQ. (Paseándose lentamente aparte.) Tal vez al rey disguste... Mas no puedo resolverme á votar esa sentencia. — Mi corazon angustian los recuerdos, que jamás se han borrado de mi mente. ¡Ay!... hoy destrozan mi abismado pecho como un puñal agudo envenenado. ¡Oh montes de Alajuar!... ¡Oh santo cielo! ¡diez y ocho años! Mi agitada mente vaga sin luz en laberintos ciegos. (Pausa.) Es la hija de Albenzar... ¿cómo pudiera? Es la hija de Albenzar... sí, me resuelvo. Nada añade mi firma á la sentencia. Si el rey, si mis amigos, si el consejo desconfian tal vez por mi repulsa de mi lealtad, de mi cristiano celo... resuelto estoy.

CONDE. Comendador, la firma. (Firma el comendador.)
¿Y persistís, marqués?... dudoso os veo.

MARQ. (Acercándose á la mesa.) Aunque la compasion que siempre inspira la tierna juventud pudo mi pecho conmovier, que me adhiera al cabo es justo á vuestra decision, que yo respeto. De mi rey el servicio y del Estado la próspera quietud son lo primero. (Firma.)

CONDE. Siempre tal esperé, marqués ilustre, vuestra sangre gloriosa conociendo. (Al secretario.) Refrendadla y selladla, secretario, y haced que el bando se publique luégo: puesto que debe ser ejecutada en cuanto lleguen los inicuos reos. (Vase el secretario con la sentencia, y el conde y el comendador y el marqués se levantan de la mesa y vienen al proscenio.)

MARQ. Hasta mañana conveniente fuera acaso dilatar...
CONDE. (Con viveza.) ¿Y con qué objeto? De rebelion el espantoso crimen pide castigo rápido y violento, pues con uno tan sólo, las más veces, ejecutado sin perderse tiempo, se atajan graves daños.

COMEN. Sí, se atajan. Y es piedad el rigor que pone freno á delitos sin fin, que arrastrarian al patíbulo víctimas sin cuento.

Sale EL SECRETARIO.

SECRET. Señores, han llegado los presos á las puertas de Valencia, y el sargento, encargado de ellos, espera del consejo audiencia.

CONDE. ¡Oportuna llegada! De la ciudad previne que á la entrada los presos detuvieran, temiendo que la plebe conmovieran. Y mandé que al momento viniese á mi presencia ese sargento, con todas las noticias y papeles, que debe haber cogido á esos infieles. (Al secretario.) Esa torre contigua á este palacio á los dos reos guarde: puesto que han de vivir tan corto espacio como hay de aquí á la tarde. Y venga un religioso, que, si cristianos son, pueda piadoso

absolverlos propicio, y acompañarlos luégo hasta el suplicio.

SECRET. ¿Y el sargento?
CONDE. Que más no se detenga, á presentarse ante el consejo venga. (Vase el secretario.) La bengala ha ganado con el celo y valor que ha desplegado. (Se sientan otra vez en la mesa el conde, el marqués y el comendador.) Sale EL SARGENTO como quien viene de camino, y se detiene respetuoso á la entrada.

CONDE. No os detengais, valiente. Decid cómo encontrasteis á esa gente, y cuanto hayais logrado en el camino descubrir de su ciego desatino.

SARGEN. Perdone vuescelencia, que razon es se turbe en la presencia de este augusto consejo, y que se muestre atónito y perplejo un oscuro soldado, al campo y al cuartel acostumbrado.

CONDE. Vuestra lealtad y celo os deben de quitar todo recelo. Y ya el consejo piensa en daros la ganada recompensa. Hablad, pues, que os escucha.

SARGEN. Mi gratitud á su bondad es mucha. (Se adelanta.) Seguí con cuatro soldados la pista á los fugitivos, por enmarañados bosques, por asperezas y riscos, reconociendo cavernas, registrando caseríos, sin descansar un momento, sin concederme un respiro; cuando á la segunda noche de fatiga, el cielo quiso, con las noticias recientes que recogí en un aprisco, indicarme que no había equivocado el camino; pues que aquella misma tarde, un viejo pastor me dijo, habian estado en la choza, con el caballo rendido, el mancebo y la morisca, que buscaba con ahinco. Tambien me indicó la senda que tomaron y aun el sitio donde estarian, que incautos tal vez de él dieron indicios. Me arrojé á su alcance al punto